

EL ENEMIGO GLOBAL

José M.ª GODÍN PORTO



«Sale de la guerra, paz. De la paz, abundancia. De la abundancia, ocio. Del ocio, vicio. Del vicio, guerra.»

Francisco de Quevedo.

Introducción



I podemos dar algo de crédito a la visión siempre crítica de la historia que ha caracterizado a la obra de Quevedo, la humanidad ha estado condenada cíclicamente a sufrir los horrores de la guerra precisamente por efecto de los dividendos de la paz. Pero lo más singular de esta cita es la conexión que desvela entre los ciclos vitales de la Historia y, en particular, de la economía con el fenómeno de la guerra. Las sociedades ricas parecen a la larga perder los valores que las hicieron grandes, mientras que, por el contrario, la injusticia y la desesperación de otros son abono de ideas revolucionarias (comunismo, anarquismo, fascismo, fundamentalismo, autodeterminación...) que espolean la voluntad de las masas hacia empresas arriesgadas donde nada hay que perder, puesto que nada puede ser peor que su situación actual. Hoy la idea revolucionaria que cohesionó a todos los desheredados de la tierra puede ser otra nueva forma de anarquía antisistema: la antiglobalización.

La sociedad pacifista

«El hombre tiene dentro de sí un anhelo de odio y destrucción. En épocas normales esta pasión permanece latente, pero es relativamente fácil apelar a ella y llevarla al poder en una psicosis colectiva.» (Albert Einstein).

Pensábamos que ya éramos demasiado civilizados para vernos envueltos en una guerra como las del pasado: había que reducir los ejércitos y bajar el gasto en defensa, nuevamente «cañones o mantequilla». El pacifismo no es algo nuevo, ni siquiera está en el punto más álgido de su historia: en 1933 los estudiantes de la universidad de Oxford publicaron un manifiesto que rezaba:



Petroleo por la popa. (Foto: R. Díaz Huélamo).

«En ninguna circunstancia esta entidad luchará por el Rey o por la Patria». Apenas unos seis años después, la mayoría de los firmantes estarían combatiendo, repartidos por Europa, con ese particular empeño en la lucha que siempre ha caracterizado a los anglosajones.

Todos hemos visto, como decía Einstein, lo relativamente fácil que es polarizar a las masas en direcciones que pocos años antes hubiesen parecido fruto de un visionario chalado. Hitler lo hizo con un pueblo tan civilizado como el alemán, la Junta Militar argentina lo hizo hace poco más de veinte años y la UK Navy fue despachada en pocos días como respuesta entre el clamor de la multitud. Más recientemente lo vimos con los yugoslavos, y estos días podemos ver a palestinos e israelíes lanzados unos contra otros en una intifada con visos de guerra abierta.

Veamos también a modo de muestra algunas citas de lo que nos contaba Churchill en sus memorias sobre la Inglaterra de los años treinta, quizá algunas de ellas convenientemente extrapoladas son claro exponente de algunas situaciones actuales:

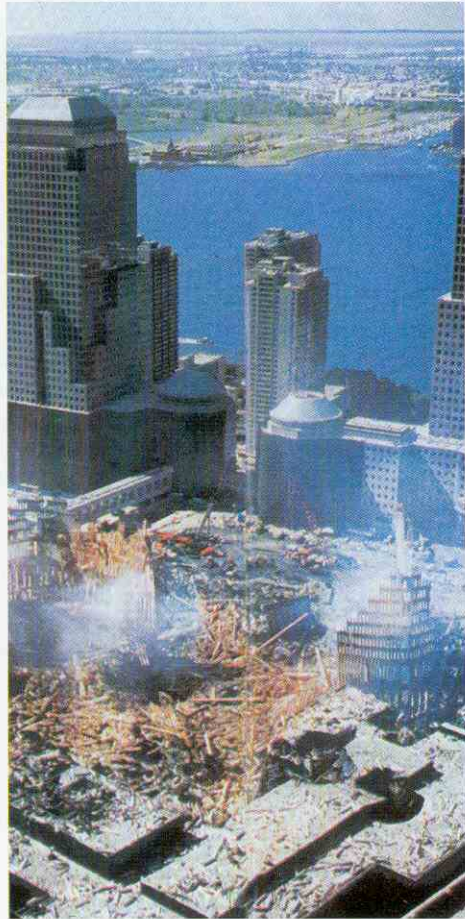
«Al concluir la guerra mundial (comenzada en 1914) reinaba una profunda convicción y una casi universal esperanza de que la paz iba a reinar en el mundo.»

«(Balcanes): todas esas razas deseaban librarse de cualquier estructura federal o imperial, y el satisfacer sus deseos (de autodeterminación) se consideró propio de una política democrática y liberal.» (Citado como segunda tragedia fundamental, que traería posteriormente la II Gran Guerra).

«La aceptación de este principio (paz continuada) produjo en los servicios de guerra una falsa sensación de seguridad, en que se abandonaron las investigaciones y que sólo prevalecieron miras y trabajos a corto plazo.»

«Muchas cosas lamentables se dieron entonces: ... negativa a reconocer los hechos ingratos, deseo de popularidad y éxito electoral, con desprecio a los intereses vitales del Estado, auténtico amor a la paz y patética creencia de que para gozar de la paz basta con amarla.» (Ésta no tiene desperdicio).

La falta de preparación y la relajación que ha producido varios años de bonanza económica tras la desaparición de la amenaza soviética pueden habernos puesto nuevamente en el disparadero de nuevos conflictos. Lo malo es que, como tantas otras veces en el pasado, nos estábamos preparando para combatir la guerra anterior y no supimos ver llegar la nueva.



El antes y el después del 11 de septiembre

Los oscuros orígenes de las guerras del siglo pasado parecen dar cierta base a la cita de Quevedo. La caída del gigante soviético, también fruto de avatares económicos, forzó a que se bambolearan muchos conceptos del orden establecido tenidos por inmutables. Los pensadores militares norteamericanos pasaron varios años buscando una razón estratégica a su propia exis-

tencia que sonara convincente a los oídos del Congreso. Curiosamente, nunca antes fue necesario tal examen de conciencia ideológico para justificar lo que la propia Historia ha venido demostrando: la necesidad del poder militar. Los planteamientos estandarizados resultantes son bien conocidos:

- Desaparición de la amenaza bipolar y entrada en juego de numerosos conflictos de carácter regional.
- Predominio de la (no-escrita y, por tanto, flexible) Ley Internacional.
- Según estos principios, los ejércitos modernos demandan estructuras más reducidas, flexibles, con capacidad de proyección de fuerza...

Ahora nos encontramos ante una situación supuestamente nueva: nada será igual a raíz del atentado terrorista contra las torres gemelas de Manhattan. Pero echemos un poco la vista atrás para tratar de ver si la situación nos ha pillado tan de improviso como creemos. Si repasamos la prolífica documentación estratégica, tanto aliada como nacional, no podemos pasar por alto el hecho de que el terrorismo internacional era frecuentemente señalado como una de las más potentes amenazas del futuro. Quizá lo esperábamos en la forma de un ataque con gases venenosos contra la población indefensa, como ya ocurrió en Japón, de misiles con armas de destrucción masiva, de ataques informáticos contra la economía del primer mundo o con una pequeña y primitiva pero terrible bomba atómica, siguiendo el modelo de las novelas de Forsyte o Grishan. El hecho ha sido que la barbarie humana sigue yendo por delante de la más desbordada imaginación de nuestros estrategas o novelistas, y los terroristas han entrado sin preaviso por la puerta menos esperada y contra la que no había defensa.

El factor económico colea tras el atentado. El tercer mundo parece haber dicho al primero, personalizándolo en el gigante económico americano, que no está dispuesto a seguir viviendo en una situación de pobreza e «injusticia» continua. Otro problema subyacente es que han pretendido pulsar el gatillo del temido choque de civilizaciones con el que nos amenazaba Samuel Huntington en su obra. El recelo occidental contra el mundo árabe puede no haber hecho más que comenzar a subir y todos los líderes mundiales se afanan en mantener dormido el fantasma del racismo.

La globalización

La economía global, que constituye el tablero de juego de la situación actual, es un elemento altamente inestable a decir de muchos economistas, ya que se está definiendo así misma bajo algunos parámetros absolutamente nuevos: El mundo vale hoy exactamente lo que las bolsas internacionales quieran pagar por él. La globalización se ha convertido en el factor de situa-

ción fundamental. Pero que la economía mundial sufre continuos ciclos de expansión y recesión es un hecho que nadie acierta a explicar, aunque existan varias teorías serias:

La especulación internacional y las fluctuaciones monetarias

El 15 de septiembre de 1992 es conocido en Inglaterra como el «Black Wednesday». La situación económica era mala y la libra atravesaba dificultades. Desde su oficina de (precisamente) Manhattan, George Soros, el húngaro afincado en Estados Unidos, intuyó que era el momento propicio: ordenó vender diez mil millones de libras esterlinas. La libra tuvo que ser devaluada esa misma noche, y comprando francos franceses el especulador redondeó una ganancia de dos mil millones de dólares en apenas doce horas.

El procedimiento es teóricamente fácil. Los especuladores entran masivamente en la bolsa de un país o grupo de países que consideran maduros para sus propósitos, generalmente en un proceso de expansión, inundándola de dinero. La bolsa sube y con ella la confianza de los medianos y pequeños inversores, la economía se calienta y el consumo y la inversión se disparan. Cuando está tan alta como se esperaba, los especuladores realizan beneficios; la bolsa baja súbitamente, cunde el pánico entre los inversores y la crisis está servida. El juego posterior de devaluaciones para contener los efectos de la crisis, beneficiando la exportación, no hace otra cosa que continuar desequilibrando el concierto internacional, extendiendo el problema a los vecinos (crisis de los dragones orientales, desplome de la libra esterlina). Incluso el tristemente famoso Bin Laden es acusado de haberse enriquecido especulando con la lógica reacción de las bolsas internacionales ante el desgraciado atentado terrorista.

La influencia de las revoluciones tecnológicas

En el pasado fueron el ferrocarril, el automóvil, la aviación o la electrónica de consumo. Hoy es la revolución de la informática y las telecomunicaciones. Las revoluciones tecnológicas generan un aumento espectacular de la producción, proporcionan montañas de empleo directo e indirecto, de transacciones económicas, potencian el transporte, la inversión y disparan al sector terciario como receptor de los beneficios de la floreciente economía.

Pero llegado un momento inevitable saturan el mercado. Las industrias tecnológicas tienen entonces que reconvertirse desde una organización de productividad, diseñada para inundar el mercado, a otra de simple mantenimiento y reposición. Terceros países irrumpen en el mercado rompiendo los precios, fruto de políticas proteccionistas y mano de obra barata. Se producen

las soluciones de choque: reconversiones, despidos, disminución de los gastos en I + D que paralizan la revolución, paro, impago de créditos, crisis bancarias y pánico en los mercados. Esto ya pasó en Japón hace unos años cuando, tras saturar los mercados de electrónica de consumo y automóviles, sufrió el ataque de la competencia de Corea, Malasia y Taiwán. Japón lleva unos cuatro años con crecimiento cero y con cero de precio del dinero en un intento de reactivar el consumo y la actividad empresarial; pocas economías están preparadas para soportar crisis de tal magnitud.

La incertidumbre

La tercera causa, que no necesita explicación, es la incertidumbre estratégica que reina en el Oriente Medio, principal suministrador de petróleo al resto del mundo y escenario temido de una huida hacia delante del mundo árabe ante el conflicto que nos amenaza.

«Si la economía va bien, a quien le importa si a las personas les va mal»

Lo cierto es que esta economía global, que tanto ha dado al primer mundo, ha hecho más pobre que nunca al tercero y ahora nos amenaza con una recesión global. Ésta, en cierto modo, ya venía anunciada por dos años de bajadas casi constantes de las bolsas internacionales, principalmente sufrida en las carnes de las empresas de alta tecnología. Antes sabíamos aproximadamente



Hummer Tow de nuestra Infantería de Marina en Egipto. (Foto: C. García de Paredes).

el valor de una empresa (infraestructuras, *stock*, balances de ventas, etc.); hoy muchas de las empresas más valiosas son valoradas en términos virtuales de potencial de vender en el universo electrónico.

La desigualdad actual es evidente analizando la distribución de la renta y de la riqueza en el mundo: en 1963 el 20 por 100 de los habitantes pobres del mundo sumaban el 2,3 por 100 de los ingresos totales, frente al 1,4 por 100 de hoy. En 1963 el 20 por 100 de los más ricos retenían el 70 por 100 del capital, hoy es el 85 por 100. Se ha producido, por tanto, una concentración extrema tanto de la riqueza como de la pobreza.

La acumulación de estos efectos parece haber dado lugar a una nueva división de clases: los que triunfan en la economía global y los que no. Pero esta nueva clase de desheredados de la globalización está repartida por todo el mundo y mezcla este sentimiento con otros tan peligrosos como el fundamentalismo o el nacionalismo para formar *cocktails* explosivos de insatisfechos.

El enemigo global

Tenemos, por tanto, un mundo dividido en sociedades ricas y pobres jugando en un marco económico volátil. Los países occidentales estábamos convencidos de que el futuro estaba en las misiones o conflictos de imposición de la paz para la prevención y la conducción de crisis en conflictos quirúrgicos. Pero quizá el problema es que los demás no tienen cartas para jugar a este juego limpio; si «quieren o tienen» que entrar en conflicto lo harán con lo que tienen y no les preocuparán los daños colaterales, porque es la única opción que le queda al pobre frente a las sociedades occidentales, que se han ganado a pulso el estereotipo de que son débiles por su incapacidad de asimilar el sufrimiento (efecto CNN: la guerra vista en directo genera la repulsa de las sociedades modernas, que no soportarán pérdidas apreciables en vidas de sus conciudadanos).

En un mundo global donde la economía ya no está en manos de las naciones era de esperar que el fenómeno de la guerra acabase también por globalizarse. El enemigo ahora no es un país determinado, sino un conjunto de terroristas que comparten unos oscuros ideales que no alcanzamos a entender y contra los que nuestras armas tecnológicamente avanzadas no están preparadas. Y este enemigo ha aprendido el concepto de la adaptación estratégica: no puede enfrentarse cara a cara con el primer mundo, y lo va a hacer de una nueva forma. El objetivo fue cuidadosamente sopesado: la democracia occidental, con su sistema económico, su talante tolerante y su régimen de libertades y la estabilidad de la que disfrutaban las sociedades desarrolladas, aunque el blanco fue probablemente erróneo: en único país occidental con la suficiente libertad de acción como para plantearse una respuesta militar a gran escala ante un atentado terrorista.

La adaptación estratégica

Consiste ésta en la capacidad de los pueblos de «acostumbrarse» a la acción del enemigo. Adaptación estratégica era la capacidad de los británicos de soportar estoicamente la caída de las V-1 y V-2 alemanas, o de los bombarderos de napalm, los vietnamitas, fortaleciendo su odio al adversario. El odio es una pasión muy fuerte, engendra un tipo de moral muy difícil de quebrar, puesto que une a los oprimidos frente a un enemigo tangible y les da una finalidad común superior.

Volvamos nuestros pasos sobre la guerra tecnológica. No dejo de ver en ella algo muy similar a la vieja lucha entre cañón y coraza. El mundo occidental puede convertirse en el señor infrarrojo de la noche y de los misiles inteligentes, pero el enemigo pronto comprenderá, como siempre, el concepto de la adaptación estratégica y de la coraza. Si nuestros misiles son capaces de alcanzar a cualquier objetivo, en situación geográfica conocida, adoptarán contramedidas, los harán móviles, o enterrados bajo varios metros de hormigón, o nos pondrán centenares de «maquetas» para confundir a nuestras fotos satélite, o construirán puestos de mando en laderas de colinas de perfil inaccesible a un misil, o en los sótanos de un hospital, un colegio o un museo. ¿Cuánto se tardará en poder perturbar o decepcionar la señal del GPS, fuente de datos para multitud de armas inteligentes? Si les amenazamos con misiles ARM nos pondrán transmisores falsos que reproduzcan las señales de sus baterías SAM, o emplearán sistemas de dirección de tiro visuales. Buscarán el engaño y el escondimiento para que nuestros aviones tengan que bajar a buscar y se hagan vulnerables, el número de daños colaterales subiría y la escalada podría hacerse imprevisible.

En el caso que nos ocupa ya vemos un proceso de adaptación estratégica. Si es imposible enfrentarse militarmente a los Estados Unidos, la solución es la de que no tenga a un ejército delante: ahora no hay blancos claros, el enemigo no es un ejército, ni siquiera un país o una organización en particular. El entramado de grupos terroristas, repartido por toda la geografía mundial, constituye una tela de araña casi imposible de desentrañar. La coraza, por ahora, amenaza con dejar al cañón sin blancos claros que batir.

El vacío estratégico resultante puede tener implicaciones formidables. ¿Cuál es la solución a corto plazo? Existe una clara tentación de contestar con otra adaptación estratégica, de blindar las fronteras ante los extranjeros, de limitar las libertades ciudadanas para facilitar la investigación de los posibles grupos terroristas, de limitar la movilidad del capital y de retroceder en muchos logros para volver a conseguir un control férreo de la situación por parte de los estados, de poner al mundo occidental en estado de excepción. Hay quien incluso baraja la posibilidad de barrer a todos los regímenes mundiales que apoyan al terrorismo, lo cual podría extender el conflicto hasta extremos de guerra mundial o incluso de guerra entre culturas.

La ley del equilibrio

Casi todas las guerras que hemos visto en el pasado han venido causadas por sacudidas sísmicas. En una sacudida sísmica la tierra trata de poner en equilibrio sus tensiones internas. En las guerras, los países tratan de poner en equilibrio falsas fronteras y repartos de riquezas, razas y religiones, fruto de pactos o conquistas pasadas que les fueron generalmente impuestos. Es una ley física general, todo busca el equilibrio y a largo plazo, los pactos, los acuerdos y los convenios acaban sucumbiendo simplemente porque jamás atacan a la raíz del problema. En la mayoría de los casos sólo lo pospone al obligar a los firmantes a renunciar temporalmente a parte de sus reivindicaciones. Las generaciones venideras no aceptarán lo que sus antepasados se vieron obligados a asumir en condiciones difíciles.

Aún tenemos ejemplos suficientes en nuestra vieja Europa, tales como el desigual reparto de las islas del Egeo, que se les impuso a los turcos, en favor de los griegos, a raíz de la Segunda Guerra Mundial: Chipre, Macedonia, Albania, el pueblo moldavo aún sin territorio propio en los Balcanes, las difusas fronteras de Rusia con algunos de sus anteriores compatriotas y, en particular, lo concerniente a las rutas del petróleo del Mar Negro, posesiones europeas en el norte de África, etc. Y todo ello sin mirar a los formidables problemas que asoman en Asia (India y Pakistán, las dos Coreas, los conflictos de soberanía de China con Taiwán, Japón, India, Filipinas, Malasia o Vietnam, el conflicto del agua entre Turquía y sus vecinos del Oriente Medio, etc.), países muchos de ellos con serios tratados de defensa con potencias occidentales. De África, mejor ni hablar.

Las tensiones dormidas han vuelto a despertar para sobresaltarnos. Igual que las masas obreras oprimidas se rebelaron en Rusia a principios del siglo xx, y el comunismo fue un fenómeno supranacional que se consideró como una amenaza ya global para el mundo libre o los partidarios de la anarquía se rebelaron contra todo orden establecido, los oprimidos de la globalización enarbolan hoy un nuevo banderín de enganche.

Las organizaciones supranacionales

Nuestra civilizada sociedad internacional había puesto sus esperanzas en las organizaciones supranacionales, el diálogo y los pactos se imponían como el modo democrático de resolver las diferencias. Pero, ¿estamos realmente resolviendo las diferencias o sólo aplazando la citada búsqueda del equilibrio?

«... El Gobierno que represento ayudará a la Sociedad de las Naciones, y afirmo también el interés del pueblo inglés en la *Seguridad Colectiva*... Las ideas encarnadas en el pacto de la Sociedad y, en particular, la aspiración a



Harrier de la Armada en misión de reconocimiento en la costa de Madeira. (Foto: L. Díaz-Bedia).

establecer la regla de la *ley en asuntos internacionales* se han convertido en parte integrante de nuestra conciencia nacional...» (Discurso pronunciado en Ginebra por el ministro británico de Asuntos Exteriores en 1935). Poco después Inglaterra y Francia miraban a otro lado, mientras Alemania engullía primero a Austria y después a Checoslovaquia, alegando el derecho a la autodeterminación de las mayorías relativas de raza germana de tales países. Y si aquéllos declararon la guerra a Alemania, tras la invasión de Polonia, fue porque estaban convencidos de que Francia sería la siguiente (la ingente concentración de divisiones en la frontera era más que esclarecedora), más que en un intento de luchar por la defensa de la paz y la libertad de otros pueblos.

Pensamos que el fracaso de la Sociedad de las Naciones es algo irrepetible, al tiempo que vemos cómo la ONU se manifiesta inoperante para resolver la mayor parte de los conflictos mundiales. Su secretario general pide perdón en público y reconoce que con la actual organización del Consejo de Seguridad es difícil actuar de forma contundente y en el momento adecuado. Pero la

hipotética reconversión del Consejo choca contra los intereses de los grandes. La ONU no tiene ni el organismo director, ni la fuerza militar, ni el dinero; mientras los Estados Unidos simplemente no pagan, no firman los convenios internacionales (Jamaica, control de emisiones), pero vetan. La más pronta actuación de la ONU ante el atentado terrorista del 11 de septiembre fue la de vaciar su sede central por si acaso ellos eran los siguientes.

Por otro lado, mientras los pilares socioeconómicos de la Unión Europea avanzan a un ritmo más o menos satisfactorio, la tan traída y llevada PÉSC continúa su paso errático entre innumerables escollos de intereses estratégicos irrenunciables para algunos países. Tenemos en puertas la expansión de la UE, y esto es algo cuyo resultado puede ser imprevisible ante un futuro que amenaza con recesión económica y despuntes de racismo. Y es que para crear una nación, organismo o estado supranacional, hace falta algo más que beneficios económicos. En plena globalización aún son los ideales los que conforman las sociedades y la falta de ideales comunes, semilla del deseo de autodeterminación, lo que las desintegran (Unión Soviética, Checoslovaquia, Yugoslavia).

La realidad es que nuestras políticas liberales modernas se han venido moviendo por intereses a corto plazo, por necesidades electorales de sus líderes, por la congelación mediante pactos de lo incómodo, pero cíclicamente alguna de las tensiones dormidas vuelve a sacudir el mundo.

La nueva anarquía

Ahora que nos vemos abocados a un nuevo tipo de conflicto podemos comprobar cómo nuevamente nos habíamos estado preparando para combatir las guerras del pasado reciente, cómo todos los esfuerzos de los estrategas occidentales para estimar las amenazas del futuro, para así diseñar las posibles respuestas, los objetivos de fuerza, han vuelto a ser superados por la maldad de la mente humana.

El presidente Bush nos habla de un nuevo tipo de guerra, larga, dolorosa y a espaldas de la televisión. La nueva amenaza trasciende a lo puramente militar para ser directa responsabilidad de los cuerpos de seguridad y de las organizaciones de inteligencia. Los ejércitos se podrían ver pronto relegados a actuar como brazos ejecutores de las represalias señaladas por la inteligencia y el poder civil.

El enemigo es ahora una anarquía antiglobalización, multinacional y urbana. Y no es necesario repetir un golpe tan complicado como el del 11 de septiembre; basta con un hombre bomba, en una discoteca o una hamburguesería, al estilo palestino. Mientras dispongan de vectores suicidas poco se puede hacer, y más si cuentan con apoyos terroristas de organizaciones en suelo nacional, que siempre las hay.

Conclusiones

Pese a que la decidida actuación americana en Afganistán parece haber congelado los atentados terroristas de Al-Quaeda, todos los líderes mundiales son conscientes de que la amenaza permanece latente y presenta nuevos riesgos al orden mundial. Pero la respuesta militar al atentado suicida puede no ser suficiente (como vemos en el caso Palestina/Israel) y puede perpetuar una huida hacia adelante de difícil control.

La Historia nos sigue demostrando que, mientras existan tensiones dormidas, el fantasma de la guerra volverá a sacudir periódicamente a las sociedades desarrolladas para sacarlas del letargo de sus sueños de haber logrado definitivamente la paz mundial. Ya sea por cuestiones de repartos de fronteras o por abismales desigualdades económicas.

En cuanto a las estrategias militares se nos presentan nuevas incógnitas ante las que la colaboración con los cuerpos de seguridad y de inteligencia del Estado pueden necesitar una nueva dimensión, nuevas formas de trabajo, de planeamiento y de actuación conjunta e incluso combinada. La frontera entre la amenaza interior (Cuerpos de Seguridad) y la exterior (Fuerzas Armadas) comienza a desdibujarse y a no presentar una distinción tan clara como antaño.

Desgraciadamente las próximas conferencias estratégicas que se pronuncien en el futuro ya no comenzarán con el consabido a raíz de la caída del muro...

